

Elegía a un forastero

Las frambuesas escarchadas se apagaron a lo lejos
sin apenas un suspiro de su cálido bermejo;
y esa quinta, que fue suya, ya no es más que un cruel reflejo
de sus planes,
porque allá, a Magallanes,
se me fue a morir mi viejo.

Va mi madre desolada con sus pómulos perplejos
que parecen un papiro de rosados azulejos,
y no hay modo de que huya con sus pasos disparejos
y ademanes,
porque allá, a Magallanes,
se me fue a morir mi viejo.

Esa casa abandonada de cimientos tan añejos

donde aún retumban tiros de escopeta en los espejos,
la fue a hacer, al final, suya, escuchando los consejos
de los canes,
porque allá, a Magallanes,
se me fue a morir mi viejo.

Y llegó con él la helada; imposible su cotejo,
y con ella, sus zafiros a incrustarse en su pellejo;
ese ardor que luego arrulla lo dejó, tras su recejo,
sin guardianes,
porque allá, a Magallanes,
se me fue a morir mi viejo.

Esa idea desquiciada incrustada en su entrecejo
la llevaron sus suspiros hasta aquel final festejo,
y no hay forma de que intuya cuál sería aquel complejo, o

sus afanes,

porque allá, a Magallanes,

se me fue a morir mi viejo.

Ya está su cara enterrada, el polvo sobre él parejo.

A mi madre no la miro; de su llanto la protejo.

Y no hay cómo disminuya tanta duda en el cortejo.

¿Qué importaba aquel murmullo doloroso, con su rejo

del remoto y tierno arrullo de sus padres, ya tan lejos;

de esa lengua de exiliados en la suya el triste dejo;

los recuerdos deformados al final del catalejo;

los llantos acumulados ante el seductor cortejo

de sus clanes?

¿Por qué allá, a Magallanes,

se me fue a morir mi viejo?

Giacomo